

La unidad teórica capitalismo- colonialismo-racismo

Diálogos entre Brasil y Cuba

Paulo Gabriel Franco dos Santos

Universidade de Brasília, Brasil
paulosantos@unb.br

Graciela Chailloux Laffita

Universidad de La Habana, Cuba
gchailloux@cubarte.cult.cu

Fecha de recepción: 18/06/2024
Fecha de aceptación: 6/3/2025

Resumen

En este ensayo, partimos de la unidad teórica capitalismo-colonialismo-racismo como tríada fundamental que nos permite caracterizar la problemática del racismo en América Latina y el Caribe, así como nos proporciona fundamentos para sustentar proyectos antirracistas que consideren la radicalidad que la cuestión requiere. Así, a partir de esta base teórica y, teniendo en cuenta las dinámicas y perspectivas brasileñas y cubanas, desarrollamos reflexiones sobre el antirracismo en nuestros territorios.

Tramas
y Redes
Jun. 2025
Nº8
ISSN
2796-9096

Palabras clave

1| Racismo 2| Antirracismo 3| América Latina 4| Caribe 5| Educación para las relaciones étnico-raciales

Cita sugerida

Santos, Paulo Gabriel Franco dos y Chailloux Laffita, Graciela (2025). La unidad teórica capitalismo-colonialismo-racismo: diálogos entre Brasil y Cuba. *Tramas y Redes*, (8), 247-263, 80dk. 10.54871/cl4c80dk



Esta obra está bajo licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es_AR

A unidade teórica capitalismo-colonialismo-racismo: diálogos entre Brasil e Cuba

Resumo

Neste ensaio, partimos da unidade teórica capitalismo-colonialismo-racismo como tríade fundamental que nos permite caracterizar a problemática do racismo na América Latina e no Caribe, assim como nos fornece fundamentos para sustentar projetos antirracistas que considerem a radicalidade que a questão exige. Assim, a partir desta base teórica e tendo em conta as dinâmicas e perspectivas brasileiras e cubanas, desenvolvemos reflexões sobre o antirracismo em nossos territórios.

Palavras-chave

1| Racismo 2| Antirracismo 3| América Latina 4| Caribe 5| Educação para as relações étnico-raciais

The theoretical unity of capitalism-colonialism-racism: dialogues between Brazil and Cuba

Abstract

In this essay, we adopt the theoretical framework of capitalism-colonialism-racism as a fundamental triad that enables us to characterize the issue of racism in Latin America and the Caribbean, while also providing a foundation to support antiracist projects that take into account the radical nature that the issue demands. Thus, based on this theoretical perspective and considering Brazilian and Cuban dynamics and viewpoints, we develop reflections on anti-racism within our respective territories.

Keywords

1| Racism 2| Antiracism 3| Latin America 4| Caribbean 5| Education for ethnic-racial relations

Presentación

A partir de 1994, como resultado del lanzamiento del proyecto de la Ruta del Esclavo por la UNESCO, han proliferado eventos académicos, festivales, exposiciones, publicaciones, filmes, investigaciones, conferencias internacionales, erección de monumentos, fundación de museos, rescate de instalaciones relativas a la memoria de la esclavitud, etcétera, todos ellos dirigidos a resaltar e impedir que se pierda la profunda huella de la esclavitud moderna, es decir la que alimentó la emergencia y consolidación del capitalismo noratlántico.

Todos esos foros han proclamado, explícitamente, ser espacios para la condena del “racismo y la xenofobia y la demanda de reparación”. No obstante, aún se esperan los resultados que demuestren la eficacia y avances de los propósitos enarbolados.

Sin embargo, no debe perderse de vista el avance de una concepción exculpatoria del genocidio de los pueblos nativos americanos y africanos en espacios académicos europeos, notablemente en España. Avanza sin pudor una interpretación contraria a la urgencia de la convocatoria de los países que fueron colonias europeas a proceder a la lucha por la descolonización cultural. Sentencian que la conquista y la colonización fueron acciones civilizatorias de pueblos atrasados.

Abundan imágenes, proyectadas por los medios de comunicación, en las que permanecen inmutables los estereotipos acerca de las características de razas superiores e inferiores que han servido, entre otras tantas, de fundamentos al vilipendio del africano y sus descendientes y de los nativos americanos, fuente de legitimación del derecho a su sometimiento y exclusión social. Y todo ello como un fenómeno *natural*.

La generalidad de los estudios académicos en los países que fueron destino de los africanos esclavizados han centrado su atención en la temporalidad de la existencia de la institución de la esclavitud. Otra de sus características es que el objeto de estudio, casi invariablemente, es la referencia prolija al funcionamiento de la maquinaria de la trata esclavista. No obstante, en la mayoría de las obras acerca de la esclavización del africano en América abundan evidencias acerca de su condición de complejísimo resultado de un sistema que presupuso la sucesión de etapas que, descritas esquemáticamente, funcionaron desde la organización del negocio: el viaje sin retorno pasando por la venta-compra de la mercancía humana, hasta su integración a la cuadrilla de trabajo en la plantación americana.

No es inútil aclarar que, en este texto, siempre que se mencione “africano”, se hace referencia al habitante subsahariano, pues se asume que ellos no fueron sometidos a la esclavitud moderna por su origen

geográfico, así como se reconoce la complejidad y variedad de los pueblos que habitan el continente Madre.

La unidad teórica capitalismo-colonialismo-racismo

La propuesta de este texto es la pertinencia de considerar la triada capitalismo-colonialismo-racismo como el eje central que nos permite comprender y calificar el racismo como uno de los problemas profundos de nuestro tiempo, teniendo en cuenta los procesos políticos, económicos, sociales y culturales que nos configuraron como sociedad creada al servicio del capitalismo noratlántico. Según principios del materialismo histórico-dialéctico, el modelo social actual es el más desarrollado posible y es el resultado de las etapas anteriores. Así, para comprender los orígenes de los males que nos aquejan hoy, no podemos prescindir de la investigación histórica desde una articulación multidisciplinaria.

Hace 80 años, Eric Williams, en *Capitalismo y esclavitud* (1975) hizo una relevamiento que merece ser revisada siempre que se ponga en duda el carácter intrínsecamente depredador del sistema capitalista, se relativice la esclavitud moderna o, incluso, se atribuya el desarrollo europeo a su creatividad o a algún designio sobrenatural. Todo lo contrario. La historia demuestra sobradamente que la colonización del Nuevo Mundo se encargó de cobrarlo y pagarlo a pesar de los deseos y sueños de quienes producían la riqueza (Oliveira, 2021 y Moura, 1977). Aunque debe reconocerse que tanto el africano esclavizado, como el europeo proletarizado fueron objeto de explotación despiadada.

En todos los territorios en los que la unidad trabajo-producción se basó en la esclavitud moderna, esta se instauró de manera raigal en la estructura de la sociedad que había sido creada para aportar al capitalismo noratlántico.

La abolición legal del sistema de esclavitud fue un proceso forzado tanto por agentes internos (revueltas, sabotajes e insatisfacción) como por agentes externos (cambios en el mercado de exportación y presión política del monopolio capitalista de Inglaterra); pero nunca como resultado exclusivo del sector de los humanitarios abolicionistas, ni por la benevolencia de quienes siempre se beneficiaron de ella.

Brasil y Cuba, los últimos territorios en los que sus respectivas metrópolis decretaron la abolición legal de la esclavitud moderna a finales del siglo XIX, los recién emancipados enfrentaron similares obstáculos. Se impuso la necesidad de buscar respuestas a las nuevas demandas de la realidad. ¿Cómo podían los recién indultados ejercitar la significación de una emancipación sin derechos políticos y jurídicos; sin despenalización de prácticas religiosas y artísticas ancestrales; sin acceso a condiciones y

medios para la producción y reproducción de su subsistencia; sin posibilidad de disfrutar de reconocimiento y de ingresar a los sistemas educacionales formales? (Chailloux, 2016). Una vez finalizado el dominio colonial en ambos países se produjo una nueva modalidad de su anclaje a la nueva etapa del capitalismo: el imperialismo. Tanto el papel ocupado en la estructura social de los afrodescendientes como la ideología que legitimaba su inferiorización y exclusión social, permanecieron invariables.

Por eso, independientemente de las particularidades de la estructura económica, política y social de nuestras sociedades, las siguientes preguntas son pertinentes: ¿la división social del trabajo continúa revelándose, también, como una división racial del trabajo? ¿Cómo se distribuye la población, según el color de la piel entre los barrios considerados más estructurados y los más periféricos? ¿Ocupan los negros puestos de liderazgo y gestión? ¿Quiénes son los grandes científicos, en ciencias naturales y humanas que reciben premios nacionales por su capacidad intelectual? ¿A quiénes se dirigen los chistes cotidianos y los dichos populares, aparentemente inocentes sobre el origen social y el color de la piel?

Apoyada primero por la Iglesia católica y luego por la ciencia (Moura, 2014), la colonización encontró las justificaciones exactas para crear una poderosa superestructura que resultó en una hegemonía que legitimó, naturalizó y universalizó sus prácticas. Así, negociar con las personas como animales u objetos, transportarlas sin su consentimiento, separarlas de su estructura familiar y social, secuestrar sus nombres, creencias y sueños, despojarlas de sus prácticas y conocimientos y, sobre todo, convencerlas de que todo eso era su destino natural, eran prácticas perfectamente legitimadas por los criterios morales de la sociedad europea. Sin esta superestructura no habría habido las condiciones para llevar a cabo siglos de producción de riqueza basada en la esclavitud moderna. Y así, dialécticamente, el modelo productivo, al desarrollar sus formas de explotación de la naturaleza y del ser humano, desarrolló también las condiciones ideológicas para que éste fuese considerado el único modelo de sociedad posible, correspondiéndole, naturalmente, estructuras de jerarquización, estratificación, explotación y dominio basado en ideas de superioridad heredadas naturalmente (o espiritualmente).

El Nuevo Mundo, especialmente América Latina y el Caribe, nunca fue una tierra de complacencia. Mientras ardían en llamas debajo de las calderas de producción del azúcar; en los campos y ciudades, africanos y sus descendientes negros, indígenas y mestizos prendían fuego a la Historia con sus insurgencias, revueltas y la constitución de núcleos sociales de resistencia y producción de una nueva lógica de existencia posible: los *quilombos*, los cimarrones y los palenques. En ningún momento histórico ha habido una conformidad absoluta, una resignación ni una

aceptación de la suerte, del destino de los explotados. Afortunadamente, las revoluciones nos reconectan con nuestra esencia rebelde e insumisa.

Las ciencias naturales, junto con muchas otras que hoy se califican de sociales (antropología, sociología, psicología, por ejemplo), intentaron garantizar la pervivencia de la superestructura capitalista en tanto le correspondía demostrar que el sistema funcionaba sin contradicciones, de modo inmutable. No obstante, a fin y al cabo, el capitalismo era, como sus predecesores, un sistema evolutivo, cambiante, transformable. Pasó de la forma mercantil a la industrial, a la imperialista que, más tarde, alcanzó el orden neoliberal. Solo disponiendo de una superestructura poderosa y eficaz podía continuar acreditando su superioridad y perpetuidad.

En la misma medida en que se revelaban indicios de disfuncionalidad cada vez más evidentes, el aparato científico en favor de explicar y propiciar el funcionamiento armónico del sistema se fue tornando más sofisticado, especializado. La craneometría, la frenología, la eugenesia y el higienismo, por ejemplo, se difundieron por todo el Nuevo Mundo como ciencias que, armadas de una supuesta neutralidad científica y un rigor metodológico incuestionable, explicaban el porqué de la condición de los negros en la sociedad, su alegada propensión al crimen, su incapacidad de razonamiento lógico, su debilidad moral y su ineptitud para la vida social. Al menos, la violencia directa; pero especialmente la ideología del desprestigio continúa desempeñando su papel de fundamento a la exclusión de acceso a los derechos de los que antes habían sido esclavizados.

En consecuencia, las periferias urbanas y rurales del Nuevo Mundo se llenaban de negros en precarias condiciones de pobreza material (económica, laboral, nutricional, metabólica...) y social (educativa, política, cultural...). La educación seguía siendo para que las elites reafirmaran su lugar en la sociedad y el acceso a otros servicios se hacía según el privilegio de nacimiento, el apellido, el color de la piel y a cómo se distribuía, y se sigue distribuyendo, en su mayor parte, la riqueza.

Si América Latina y el Caribe colonial nunca permanecieron inertes frente a la opresión, esta lección histórica siguió siendo la tónica de los pueblos oprimidos y de las clases trabajadoras. Ya sea por presiones internas de movimientos sociales, colectivos, asociaciones o grupos organizados intencionalmente para combatir el racismo, o por presiones internacionales, nuestros países tuvieron que, primero, como Estado, reconocer el arraigado racismo como una dinámica de distribución del poder y organización de la vida material y cultural, lo que descarta cualquier intento de hacernos creer que el racismo inverso podría en algún momento existir. Segundo, movilizar instituciones, colectivos y grupos de trabajo para diagnosticar la realidad. Simultáneamente la demanda de un cuerpo

teórico robusto y bien fundamentado sobre raza, racismo y antirracismo ha contribuido a crear un conocimiento calificado del problema y de sus posibles soluciones. Finalmente, mientras los movimientos sociales continuaban creciendo y actualizando sus agendas de lucha a favor de la superación de estas marcas producidas históricamente, los Estados han articulado estudios, diagnósticos, teorías, síntesis y producido políticas públicas afirmativas o no con resultados diversos, generalmente limitados.

Así, la unidad teórica capitalismo-colonialismo-racismo evidencia la historicidad, la materialidad y la fuerza ideológica de la problemática del racismo. En tanto, instituciones como iglesias, círculos intelectuales, academias de ciencia y escuelas han cumplido una importante función en la consolidación de los sistemas valorativos y explicativos de la organización de la sociedad. La educación, por lo tanto, cuando se empareja con las fuerzas hegemónicas, consolida las bases que garantizan la continuidad de la dominación. Mientras que, cuando conformada y desarrollada desde una perspectiva emancipatoria, representa una importante fuerza social para el reconocimiento, problematización, análisis y proyección de otras sociedades posibles.

Es pertinente, entonces, identificar la violencia –directa, cultural, estructural– como el conjunto de dimensiones estrechamente vinculadas, para explicar por qué la estructural sintetiza las otras para legitimar la ideología racista.

A pesar de que estos términos son de una amplísima aceptación entre los estudiosos del comercio entre África, Europa y el Caribe, en los textos realizados en Cuba sobre el tema, son conceptos ausentes por lo general, a pesar de su importancia para develar las connotaciones sociológicas y antropológicas actuales del resultado del comercio de esclavizados.

Tanto en Cuba como en Brasil, la ideología esclavista resultó un factor determinante en la configuración de la estructura social. Por consiguiente, más allá de su existencia legal, en consecuencia, sin el conocimiento preciso acerca de la estructura social y del aparato ideológico que creó el sistema esclavista es imposible identificar las raíces de la discriminación y exclusión social por el color de la piel que persiste a casi siglo y medio de los últimos capítulos de la abolición legal de la esclavitud en América y el Caribe: Cuba (1886) y Brasil (1888).

Es importante observar que en Brasil y en Cuba ha habido esfuerzos históricos, a partir de distintos procesos, para el reconocimiento, presión política y acciones efectivas para combatir el racismo o emancipar al pueblo negro. Por eso, en la misma medida en que los sujetos sometidos a la esclavitud una vez emancipados adquirieron conciencia progresiva de que el acceso a la libertad no equivalía al disfrute de derechos políticos y

civiles, la tríada capitalismo-colonialismo-racismo se reprodujo en condiciones de supresión formal del dominio colonial: el neocolonial. Proliferaron instituciones culturales y religiosas, órganos de difusión, indagaciones intelectuales, etcétera, dirigidas a demostrar y reclamar el papel que correspondía a la población de ancestros africanos en la sociedad.

En los casos de Cuba y Brasil, los procesos de organización de las demandas reivindicativas de la población de ascendencia africana, así como los estudios sobre la contradictoria relación entre el reconocimiento de la presencia de la cultura de origen africana y la persistencia de un arraigado racismo, permiten establecer las convergencias y divergencias del comportamiento de la tríada capitalismo-colonialismo-racismo en esas sociedades.

La fundación de instituciones y asociaciones de afrodescendientes, como la proliferación de publicaciones destinadas a condenar o legitimar el racismo tuvieron su aparición durante el siglo XIX en Cuba. Se reconocen como causas de los cabildos de nación, la política del poder colonial destinada a impedir la concertación de acciones subversivas de sujetos provenientes de diversos grupos étnicos, así como el ascenso social de un sector de negros y mulatos libres. Las prácticas religiosas y recreativas, así como la superación y ayuda mutua resultaron factores aglutinantes. La propagación de asociaciones de afrodescendientes se reflejó en el inicio de la práctica publicista.

Las asociaciones proliferaron a partir de 1886 por abolición legal de la esclavitud y efecto de la participación de libres y esclavizados en una guerra por la independencia que duró una década. No es casual que el líder de la creación de un Directorio Central de Sociedades de la Raza de Color, en 1892, fuera un connotado independentista de corta vida por estallido de una nueva guerra por la independencia. Figuras del liderazgo revolucionario como José Martí, Antonio Maceo y Juan Gualberto Gómez también se pronunciaron contra las prácticas racistas.

El fin del dominio colonial español sobre la isla de Cuba dio paso a una nueva forma de sujeción colonial (el neocolonialismo) bajo la tutela de Estados Unidos. La constitución republicana de 1901 reconoció que todos los nacidos en Cuba eran cubanos, es decir, ciudadanos. Desprovistos de recursos materiales y derecho civiles, los recién emancipados fueron relegados a espacios marginales de la nación. Su numerosa participación en las guerras por la liberación del colonialismo español estimuló expectativas que quedaron frustradas. El reclamo de los derechos no se hizo esperar.

La fundación del Partido de los Independientes de Color (1908), encabezado por líderes militares de las huestes independentistas e integrado por una diversidad de sectores populares, fue la única forma

de carácter político de asociación para el reclamo de los derechos ciudadanos de los cubanos negros y mestizos, en particular, y de todos los cubanos pobres en general. Una feroz masacre fue el dramático cierre de los espacios organizativos para la participación de los ciudadanos cubanos sometidos a la discriminación por el color de la piel.

Desde entonces las demandas de lo que pudiera denominarse un movimiento de conciencia negra en Cuba se guareció en un área que no retaba al poder civilizatorio hegemónico. Un estudio pendiente podrá confirmar o no esa apreciación. Proliferaron órganos de prensa en los que se expresaban criterios a favor y en contra del papel del negro en la sociedad cubana, así como pronunciamientos sobre la discriminación racial. La columna *Ideales de una raza* de Gustavo Urrutia es una demostración contundente.

Otra área resultó ser la producción artística que, en medio de un proceso de afianzamiento de las esencias nacionales, reconoció la cultura africana como uno de los ingredientes sustanciales de la cultura nacional. Músicos, antropólogos, poetas, pintores, escritores, etcétera se nuclearon en torno a un movimiento de conciencia negra que se denominó “negrismo”. Pero el reconocimiento de que la cultura cubana era mestiza no se proyectó a la demanda de reivindicaciones económicas, política de los descendientes de africanos. Solo tímidamente se apeló a la petición de que dejaran de ser víctimas de discriminación por el color de la piel. No obstante, debe reconocerse que figuras de renombre como Fernando Ortiz, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, Alberto Arredondo, Alejandro García Caturla, Rita Montaner, Carlos Enríquez, Víctor Manuel, y otros muchos, reconocieron en sus obras el sustancial aporte de la cultura africana al ser nacional.

El cambio más dramático ocurrido en Cuba es, sin dudas, el triunfo de una revolución en 1959. Enarbolando demandas populares postergadas, desplegó una profunda transformación de todos los ámbitos de la sociedad. La totalidad de la población cubana disfrutó de una política económica, política y social que exaltó el ser nacional. Como era de esperarse emergió el planteamiento del problema de la relación entre raza y nación. La incomprendida obra de Walterio Carbonel concitó el más rotundo rechazo.

La asociación de los afrodescendientes, cubanos y extranjeros, se consideró incensaria. Todos fueron arrastrados por la ola transformadora. Paradójicamente, la antes preterida cultura artística popular, en la que el aporte raigal de los descendientes de africanos era cardinal, asaltó los escenarios antes consagrados a lo “culto”. Los olvidados de siempre se vieron representados con merecida dignidad en el teatro, la danza, el cine, la literatura, etcétera.

Otra paradoja fue el marcado contraste entre el respaldo a los movimientos de liberación nacional en las colonias europeas con mayoría de población negra en África y el Caribe y el movimiento de lucha por los derechos civiles de los negros en Estados Unidos; y la limitada atención al tema del racismo subyacente en la sociedad cubana.

Desde el comienzo de la Revolución, ha habido un reconocimiento explícito de la complejidad y arraigo del problema del racismo en Cuba. El discurso¹ de Fidel Castro, el 22 de marzo de 1959, para el canal 12 de televisión, no deja dudas de que el proyecto revolucionario debería encargarse de resolver todas las injusticias, incluida la del racismo. En el mismo texto, el líder revolucionario pone en jaque la eficacia de las leyes para superar la discriminación por el color de la piel, poniendo de relieve la importancia de la persuasión, la educación y la razón para este fin. Así mismo, el enfrentamiento a la discriminación racial y la exclusión social por el color de la piel fue absorbido por los proyectos de justicia social, como el de la reforma agraria, el acceso al empleo, rebaja de tarifas de servicios públicos, erradicación de barrios marginales, eliminación del analfabetismo, ampliación del acceso a la educación universitaria, etcétera. Esos logros en el mejoramiento de las condiciones de vida para toda la población restaron fuerza a la necesidad de políticas específicas para propiciar un debate nacional sobre el asunto o para estimular una tradición intelectual de orientación teórica.

Dos direcciones mantuvieron su vigencia acerca del tratamiento de la presencia de lo africano en la conciencia social cubana. De un lado, continuaron los estudios sobre la importancia del reconocimiento del componente africano en la constitución de lo cubano, entre otros Deschamps Chapeaux (1963; 1971), Barnet (1966), Sosa (1982), Franco (1966; 1973; 74). Del otro, especialmente desde la década de 1990, han proliferado los estudios destinados a poner de relieve la persistencia de racismo en la sociedad cubana. Pueden mencionarse Fernández (1990), Morales (2007), Arandia (2012), Romay (2012), Rensoli (2022).

En Brasil, nombramos, por ejemplo, la amplia tradición teórica conformada por intelectuales como Guerreiro Ramos, Clóvis Moura, Abdias do Nascimento, Lélia González, Beatriz Nascimento, Sueli Carneiro e Neusa Santos Souza. En el período republicano brasileño, desde 1889 hasta la actualidad, Domingues (2007) identificó tres momentos importantes del movimiento negro organizado. La primera fase entre 1889 y 1937 –de la Primera República al Estado Nuevo– está marcada por las

1 Discurso disponible en: https://www.granma.cu/granmad/secciones/fidel_en_1959/art-048.html

luchas contra la marginación post-esclavitud, con movilizaciones raciales negras e innumerables grupos asociativos en diversos Estados del país. Se destaca también en este período el surgimiento de la importante prensa negra, especialmente revistas. A pesar de no haber sido una fase de carácter explícitamente político, contó con el surgimiento de importantes instituciones como el Centro Cívico Palmares (1927) y la Frente Negra Brasileira (1931).

La segunda fase entre 1945 y 1964 –de la Segunda República a la dictadura militar– fue un período marcado por violentas represiones políticas, y cambios en la estructura productiva derivados de la industrialización, el desplazamiento poblacional y el aumento de las periferias urbanas que remodeló el racismo y sus prácticas y lógicas cotidianas. En este período, se destaca la conformación de la União de Homens Negros (1943) y el importante Teatro Experimental do Negro (1944) que, bajo el liderazgo de Abdias do Nascimento, desarrolló numerosas actividades formativas, laborales y culturales, además de fundar el Instituto Nacional do Negro, el Museo do Negro y organizar el I Congreso do Negro Brasileiro (1950). En esta fase, otras iniciativas también fueron bastante importantes como el Consejo Nacional de las Mujeres Negras (1950), la Frente Negra Trabalhista y la Associação Cultural do Negro (1954), por citar algunas. Las primeras iniciativas de aprobación en asamblea de leyes antidiscriminatorias ocurrieron en la década de 1945, con aprobación solamente en 1951 (ley Afonso Arinos).

En el período de la dictadura militar-empresarial brasileña, los movimientos negros perdieron fuerza y no raramente eran acusados por los militares de crear un problema inútil, alegando que no existía racismo en Brasil. Aun así, incluso bajo relativa clandestinidad, los líderes negros mantuvieron cierto nivel de articulación y la prensa negra cumplió un importante papel de crítica y denuncia, aunque de forma fragmentada. En 1978, bajo la influencia de las insurgencias y organizaciones internacionales, y por la importante formación marxista ofrecida por la Conversión Socialista, que permitió la conjugación de los problemas de raza y de clase, surgió el Movimiento Negro Unificado que contaba, inclusive, con una sección Afro-Latino América. Los procesos de rearticulación de los movimientos negros también produjeron el Movimiento Unificado Contra la Discriminación Racial. En el Programa de Acción de 1982, como destaca Domingues, el MNU defendía las siguientes pautas:

desmistificación de la democracia racial brasileña; organización política de la población negra; transformación del Movimiento Negro en movimiento de masas; formación de un amplio espectro de alianzas en la lucha contra el racismo y la explotación del trabajador;

organización para enfrentar la violencia policial; organización en los sindicatos y partidos políticos; lucha por la introducción de la Historia de África y del Negro en Brasil en los currículos escolares, así como la búsqueda del apoyo internacional contra el racismo en el país (2007, p. 114).

Políticamente consolidado y fortalecido, el Movimiento Negro Unificado pasó a utilizar oficialmente el término “negro” como despojo de su carga peyorativa y autoafirmación de los descendientes de africanos esclavizados en Brasil, además de actuar con más vehemencia en el campo educativo, proponiendo el análisis de los contenidos preconcebidos de los libros de texto, formación de profesores para una actuación antirracista, reconocimiento y valorización del papel del negro en la historia, entre otros. Las presiones populares y las propuestas organizadas para la educación fueron reverberando por los movimientos negros en el país y encontrando espacios en congresos, foros, eventos temáticos y producciones culturales y intelectuales diversas.

Antirracismo: demandas históricas y políticas de Estado

En el caso de Brasil, los avances del Movimiento Negro Unificado en las décadas de 1970 y 1980, con sus funciones políticas y educativas (Gomes, 2019) y el desempeño de las comisiones y congresos nacionales en el primer año del gobierno de Luiz Inácio “Lula” da Silva en 2003, posibilitaron que fuera sancionada la Ley 10639/03, actualizada por la ley 11645/08. Esta introdujo cambios en la legislación del sistema de educación nacional y tornó obligatoria la enseñanza de la historia y la cultura africana y afrobrasileña, así como de los pueblos indígenas en toda la educación básica del país. A partir de ese momento, además, se publicaron Directrices Curriculares Nacionales para la enseñanza de las relaciones étnico-raciales y de la historia y la cultura afrobrasileña y africana.

Cuba dio un paso adelante y dejó una lección histórica para toda América Latina y el Caribe cuando, a través de un proceso revolucionario, decidió que, si bien era una economía saqueada por los procesos coloniales e imperialistas, a partir de ese momento, finales de los años cincuenta, sería verdaderamente independiente, soberana y, sobre todo, popular. El precio que se paga por esta audacia suele ser muy alto. No sólo Cuba, sino también Haití, conocen muy bien el sabor amargo del resentimiento colonizador e imperialista.

No obstante, en Cuba el reconocimiento de la persistencia del racismo como un asunto de la sociedad que requería de una política específica no ocurrió hasta la década de 1990. Ese proceso sucedió como

resultado de la concurrencia de dos factores. De un lado, las condiciones internas derivadas de la desaparición del campo socialista al que Cuba había estado adscripta desde inicios de la década de 1970. Del otro lado, influyó el estímulo proveniente del marco y los diálogos sobre las políticas educativas de la UNESCO. Es importante destacar el papel de la Comisión José Antonio Aponte (CJAP) de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC) que, desde 2012, viene desempeñando una función política e intelectual importante en la calificación y acción estratégica sobre el problema del racismo en Cuba. En 2019 fue lanzado el *Programa Nacional de lucha contra el racismo y la discriminación racial*, actualmente denominado Color Cubano, en fase de implementación, que incluye objetivos divulgativos y educativos. Se agregan al pensamiento contemporáneo cubano movimientos, colectivos y grupos con función de sensibilización pública del problema, desarrollo de procesos formativos y contribución a la política de Estado para la erradicación del racismo.

Los modelos mencionados se desempeñan en un contexto internacional en el que el sistema económico-social iniciado en el siglo XVI aún no ha sido superado. Por el contrario, la intensificación de la internacionalización de sus rasgos se continúa realizando a costa de explotar a la clase trabajadora. Ahora se escuda en nuevos pretextos, nuevas plataformas y nuevas promesas de felicidad futura, como, por ejemplo: ser su propio jefe, trabajar por cuenta propia y no depender del Estado, jubilarse a los 30, descuidar la formación académica en favor de una prematura y contradictoria inserción en el mundo del trabajo, vivir de inversiones en las bolsas, entre otras ilusiones convenientes. Para garantizar la eficacia global de esta ideología es necesario que, en esa misma superestructura, el racismo, como lógica de dominación y organización del trabajo, se alimente continuamente. Pero su concreción deberá adecuarse al contexto específico de su funcionamiento que en los casos de Brasil y Cuba difieren en la organización de sus sociedades. No obstante, es totalmente pertinente plantearse, ¿cuál es el papel de la educación en estas circunstancias? La pregunta es oportuna si reconocemos la vigencia de la tríada capitalismo-colonialismo-racismo.

A pesar del reconocimiento oficial del problema del racismo por parte de los Estados, la creación y movilización de instituciones y programas, la implementación de políticas públicas, la poderosa batalla en el terreno de las ideas, aún no avanza lo suficiente. La fuerza histórica de una hegemonía consolidada a lo largo de siglos requiere una fuerza contraria de igual o mayor magnitud para superarla o desplazarla. En los medios de comunicación, en las calles, en las escuelas, en los pasillos, en las salas de profesores, es necesario que haya una fuerte noción pública y popular de

que el racismo es un problema real y actual que concierne a toda la sociedad ya que es un escándalo civilizatorio.

Si el Estado afirma y el pueblo niega, no hay consenso. Si los movimientos sociales resuenan, pero otros trabajadores relativizan, no hay consenso. Si en nuestras aulas, en las razones por las que enseñamos, en la organización de nuestros referentes, en los hechos históricos compartidos y en los saberes relevantes elegidos, la autoridad del saber se centra en aquellas personas que siempre han ocupado el lugar de poseedores de conocimiento, todavía estamos muy lejos de un escenario verdaderamente antirracista, pues, como nos advertía Fanon (2018), el racismo no es simplemente una historia de personas.

Para Gramsci (2007), la escuela, así como las bibliotecas y la prensa, forman parte de la estructura ideológica que influye (o puede influir) sobre la opinión pública. Así, el trabajo ideológico para oponerse a las “trincheras y fortificaciones” de la clase dominante y la materialidad de su dominación debe pasar por la adquisición paulatina de una conciencia histórica y de clase. La complejidad ideológica, técnica y política del racismo requiere una educación intencional en la que el Estado reconozca su papel en la organización y desarrollo de las fuerzas económicas estructurales y asuma, también, los hechos de la estructura sobre la superestructura, no dejándola a un desarrollo espontáneo o casual.

Finalmente, la unidad teórica capitalismo-colonialismo-racismo no nos ayuda solamente a dimensionar la arquitectura del problema histórico y profundo que enfrentamos, sino que indica cómo se desarrolla el problema del racismo, se sofisticaba y se adhiere fuertemente a nuestra estructura ideológica y material, así como señala la amplitud de nuestros esfuerzos objetivos. Los desafíos, en síntesis, se refieren a:

- a) el reconocimiento político, institucional y popular de la problemática;
- b) la producción de un cuerpo teórico coherente y adecuado;
- c) análisis multidisciplinario de las características de las problemáticas en nuestros contextos (indicadores objetivos, percepciones públicas, opiniones, experiencias racialmente localizadas);
- d) amplios procesos formativos que impliquen a las diversas instituciones educativas y comunicativas;
- e) elaboración de estrategias de acción a partir de la práctica pedagógica;
- f) evaluación continua de las acciones y colaboración con la elaboración y calificación de políticas públicas;
- g) producción teórica y conformación de una cultura o tradición de lucha antirracista.

Conclusión

Brasil y Cuba tienen una larga tradición de pensamiento emancipador de la educación, cuyos principales representantes son Paulo Freire y José Martí. Además, en el momento presente, con las acumulaciones históricas y las importantes tradiciones emancipadoras y antirracistas de América Latina y el Caribe, podemos abordar el problema del racismo con mejor calidad en aras de su superación. Aunque el problema sea complejo y sistemáticamente enturbiado por la hegemonía, ya casi nos encontramos en un punto de irreversibilidad a partir del cual ya no es posible negar el racismo o aceptar tendencias que nos impugnan a volver a una dinámica social de exclusión, sumisión y disminución basada en criterios raciales. Combatir y eliminar el racismo a través de nuestra acción intencional en el mundo, más que una exigencia moral, es un compromiso civilizador con nuestra historia, sus sujetos silenciados y, especialmente, con nuestro futuro.

La unidad teórica capitalismo-colonialismo-racismo, entendida como clave interpretativa del desarrollo de la sociedad en el Nuevo Mundo, nos impulsa a reconocer que la clase trabajadora, en la que supuestamente se orientan las mejores intenciones críticas y transformadoras, posee ciertas características y fue conformada bajo ciertos criterios, especialmente el racial. Así, tanto las iniciativas educativas como las formaciones realizadas en el ámbito laboral y de la cultura no deben desarrollarse en un vacío histórico o bajo negligencia teórica.

Ya sea en las sociedades donde el capitalismo sigue como sistema hegemónico bajo mutaciones y adaptaciones históricas, o en aquellos contextos cuyos sistemas sociopolíticos lograron contrarrestar la fuerza ideológica y económica del capitalismo, la triada en cuestión nos ofrece un importante marco teórico para comprender las transformaciones históricas de nuestras sociedades, comportamientos, instituciones, organizaciones materiales y sistemas ideológicos heredados del proceso colonial y más o menos metabolizados en las sociedades contemporáneas. Cuando la historia nos dé la fortuna de anunciar sin sombra de duda la superación del racismo en nuestras sociedades, seguramente ya habremos realizado el viejo sueño de emancipación social, política e ideológica de las herencias coloniales profundamente arraigadas en nuestras instituciones, cuerpos, mentes y corazones.

Tramas
y Redes
Jun. 2025
Nº8
ISSN
2796-9096

PAULO GABRIEL FRANCO DOS SANTOS
GRACIELA CHAILLOUX LAFFITA

Referencias

- Arandia, Gisela (2012). *Población afrodescendiente cubana actual*. La Habana: UNFPA.
- Barnet, Miguel (1966). *Biografía de un cimarrón*. La Habana: Unión.
- Carbonell, Walterio ([1961] 2006). *Cómo surgió la cultura nacional*. La Habana: Biblioteca Nacional José Martí.
- Chailloux, Graciela (2016). Derroteros de la conciencia negra en el Caribe: trazos sobre sus convergencias y divergencias. *Revista de La Biblioteca Nacional de Cuba José Martí*, 107 (1), 71-80.
- Deschamps Chapeaux, Pedro (1963). *El negro en el periodismo cubano en el Siglo XIX*. La Habana: Ediciones Revolución.
- Deschamps Chapeaux, Pedro (1971). *El negro en la economía habanera del siglo XIX*. La Habana: Unión de Escritores y Artistas de Cuba.
- Domingues, Petrônio (2007). Movimento negro brasileiro: alguns apontamentos históricos. *Tempo*, 12(23), 100-122. <https://doi.org/10.1590/S1413-77042007000200007>.
- Fanon, Frantz (2018). Racismo e cultura. *Revista Convergencia Crítica*, 13, 78-90.
- Fernández Robaina, Tomás (1990). *El negro en Cuba. 1902-1958, Apuntes para la historia de la lucha contra la discriminación racial*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Franco, José Luciano (1966). *Historia de la Revolución de Haití. La batalla por el dominio del Caribe y el golfo de México*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Franco, José Luciano (1973). *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida (1951-1957)*. La Habana: Ciencias Sociales.
- Franco, José Luciano (1974). *La gesta heroica del triunvirato*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Gomes, Nilma Lino (2019). *O Movimento Negro educador: saberes construídos nas lutas por emancipação*. Petrópolis: Vozes.
- Gonzalez, Lélia (2020). *Por um feminismo afro-latino-americano: ensaios, intervenções e diálogos* (1st ed.). Río de Janeiro: Zahar.
- Gramsci, Antonio (2007). *La alternativa pedagógica* (2nd ed.). México: Fontamara.
- Morales, Esteban (2007). *Desafíos de la problemática racial en Cuba*. La Habana: Editorial Fernando Ortiz.
- Moura, Clovis (1977). *O negro: de bom escravo a mau cidadão?* Río de Janeiro: Conquista.
- Moura, Clovis (2014). O racismo como arma ideológica de dominação. *Princípios*, 129, 4-20.
- Oliveira, Dennis de (2021). *Racismo estrutural: uma perspectiva histórico-crítica* (1st ed.). San Pablo: Editorial Jandaíra.

- Rensoli Medina, Rolando Julio (2022). *La conceptualización de la etnicidad cubana*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Romay Guerra, Zuleica (2012). *Elogio de la altea o las paradojas de la racialidad*. La Habana: Fondo editorial Casa de las Américas.
- Sosa, Enrique (1982). *Los ñáñigos*. La Habana: Fondo editorial Casa de las Américas.
- Williams, Eric (1975). *Capitalismo e escravidão*. San Pablo: Editora Americana.

Tramas
y Redes
Jun. 2025
Nº8
ISSN
2796-9096

PAULO GABRIEL FRANCO DOS SANTOS
GRACIELA CHAILLOUX LAFFITA

